

EN TORNO AL CONSECUENCIALISMO ETICO

MODESTO SANTOS CAMACHO

A nadie se le oculta que la ética presenta con frecuencia en nuestros días una situación crítica en torno a la posibilidad de justificar racionalmente y determinar con exactitud el objeto que la especifica.

En la base de esta situación se encuentra una inadecuada tematización del concepto de racionalidad práctica a la que se intenta suplantar por una razón lógico-formal o científico-positiva, o bien por una razón que, curvada sobre sí misma, se pretende autoconstituyente de sus propios objetos.

Como resultado de ello aparecen supuestas teorías éticas que albergan en su interior la contradicción de estar vacías de moralidad, la cual es una realidad de orden operativo, iluminada y dirigida ciertamente por la razón, pero que no se identifica con ella.

Más aún, determinar el papel que a la razón le corresponde en la fundamentación y constitución de la realidad moral exige respetar, cuidadosamente, tanto el poder y límites de la razón misma, como la índole propia de la *praxis* humana. De lo contrario, se podría obtener una pretendida teoría ética, desvirtuadora no ya sólo de la racionalidad del agente, sino también del obrar específico del agente racional.

No por obvio resulta superfluo advertir que la ética se constituye como tal en un momento reflexivo de la razón, que es capaz de volver sobre los objetos que de modo directo entran en su ámbito natural.

Como con acierto ha sido puesto de relieve por la filosofía de la

intencionalidad, la razón no puede reducirse a un *logos tautológico*, a un hablar de sí misma; es, en primera instancia, *heterológica* un conocer y hablar de algo a lo que se abre por su misma esencia, y ante lo que se encuentra instalada e instada con anterioridad a ese segundo momento en que la razón puede volver sobre sus propios objetos y sobre sí misma.

En amplios sectores de la filosofía moderna se viene otorgando primacía a este momento reflexivo de la razón, hasta el punto de hacerlo constituyente del primero, es decir, de su apertura a la realidad, que ha de soportar así la carga de una mediación limitadora, si no ya anuladora, del poder inicial de la razón en el que radica la máxima dignidad de su destino.

Mas cuando este momento reflexivo se hace objeto directo —y nos atreveríamos a decir, exclusivo— de consideración temática, se quiebra el carácter intencional del conocer, se hace imposible todo incremento cognoscitivo real: la *virtualidad* del conocimiento —el poder del conocer y la inteligibilidad de lo real— se sacrifica en aras de la *indentidad* y de la *tautología*. A la posible adecuación del conocimiento con la realidad sucede la adecuación de la razón consigo misma, y el carácter tautológico de sus juicios y enunciados.

Al dejar de lado la razón —por un uso distorsionado de su capacidad reflexiva— su connatural apertura a la realidad que la trasciende, plegándose sobre sí misma, se inhabilita, no ya sólo para el conocimiento de la realidad, sino para el conocimiento adecuado de sí misma.

La razón deja ya de entenderse como una capacidad intencionalmente infinita en virtud de su apertura a la realidad sin restricción, para cerrarse en el poder ilimitado de reflexión sobre su propio límite y finitud, con la consiguiente incapacidad de detener el proceso indefinido en busca de su propio fundamento.

Si, por otro lado, la razón —desde una actitud igualmente reflexiva— acepta su dependencia, al menos, de algo exterior a ella, capaz de informarla, pero autolimita su poder a registrar los *datos* que se le ofrecen desde la pura experiencia sensible, ordinaria o científica, y a relacionar *ideas* de índole lógico-formal, vacías de contenido extramental alguno, obtiene como resultado lo que Habermas ha denunciado con acierto como una «racionalidad menguada».

Reducida, en efecto, la razón al ejercicio de la constatación de hechos y a su formalización mediante las reglas (formales) del pensar lógico-matemático, expulsa de su esfera los *finés* y *valores* que dirigen y alimentan la praxis humana, cayendo en un *decisionismo irracio-*

nal. La escisión entre teoría y praxis se hace entonces manifiesta.

Ambos usos de la razón han dejado su huella en gran parte de las teorías éticas modernas, en un amplio espectro que va desde los formalismos éticos de signo lógico-transcendental hasta los utilitarismos de viejo y nuevo cuño.

Ciertamente las alternativas éticas que se ofrecen desde estos usos restringidos de la racionalidad han de ser necesariamente limitadas: o bien el valor moral de nuestros actos ha de residir exclusivamente en el *principio* de la acción, exento de cualquier determinación previa que le venga dada desde el objeto, o bien ha de colocarse en algo *posterior* al objeto mismo: en sus efectos o consecuencias.

En uno y otro caso, el posible valor moral del *objeto* de la acción se desvanece, para ser suplantado por el valor de la *pura intención* del agente racional, o por el *producto* de la acción, que no puede ser ya medido por los cánones de una razón intrínseca recta, sino por una razón calculadora, necesariamente extrínseca al objeto de la acción.

Desde ambos extremos de la alternativa queda en entredicho la tesis que defiende la moralidad objetiva intrínseca, según la cual se dan ciertas acciones naturalmente y por sí mismas buenas o malas, con independencia de la intención subjetiva del agente racional y de las consecuencias o efectos de la acción.

Frente a esta tesis se alza lo que ha dado en llamarse una ética de la intención (*Gesinnungsethik*), o una ética exclusivamente teleológica, de resultados, o de la responsabilidad (*Verantwortungsethik*), de claro signo utilitarista y consecuencialista.

Pero aun puede surgir —y así ha ocurrido de hecho— una tercera posibilidad: la construcción de una teoría ética en la que, en su crítica a la teoría de la moralidad intrínseca, se pretenden integrar tanto los supuestos de la *ética de la intención*, de clara inspiración kantiana, como los de la ética de la responsabilidad o de resultados, de inequívoco corte utilitarista.

La moderna corriente consecuencialista de la moralidad —conocida también en los ambientes teológicos con el nombre de *new morality*— representa justamente esta tercera alternativa.

Las tres tesis fundamentales que configuran esta nueva teoría, a saber, el carácter *físico*, premoral, del bien y del mal, la función *constitutivamente moral* de la *intención de la voluntad* y el concepto de *razón proporcionada* a los *efectos* de la acción como *criterio esencial*

del juicio moral, se hacen plenamente inteligibles desde la asunción acrítica, por parte de dicha teoría, de los principios suministrados por el utilitarismo y neoutilitarismo, el positivismo lógico y gran parte de la filosofía analítica, la ética kantiana y la ética de la responsabilidad propuesta por Max Weber.

1. CONSECUENCIALISMO ETICO, POSITIVISMO LOGICO Y FILOSOFIA ANALITICA

De la ética inspirada en el positivismo lógico y la filosofía analítica primera retendrá esta nueva teoría el tedioso problema de la separación entre los juicios de hecho y los juicios de valor, el carácter tautológico de las (llamadas) proposiciones universales y necesarias, y el carácter contingente de las proposiciones sintéticas, que son las únicas proposiciones auténticamente informativas, y cuyo valor de verdad o falsedad se puede verificar únicamente mediante el recurso a la experiencia sensible, actual o posible.

En este sentido mantendrá la teoría consecuencialista que las llamadas proposiciones universales morales son, en realidad, proposiciones puramente tautológicas, vacías de contenido moral, y que las únicas proposiciones morales son proposiciones sintéticas, cuyo valor se mide de modo exclusivo mediante el recurso a la experiencia, que en este caso viene dado por la ponderación de las consecuencias de la acción concreta.

Como es fácil observar, tras el consecuencialismo alienta el concepto de razón científico-positiva suscrito por el positivismo lógico:

* El contenido sistemático del consecuencialismo o proporcionalismo queda, ciertamente, expresado en las siguientes afirmaciones (mantenidas en esencia, entre otros, por P. Knauer, «La détermination du bien et du mal moral par le principe du double effet» (*Nouvelle Revue Théologique*, 1965, 356-376), y por L. Jannssens, «Ontic evil and moral evil» (*Louvain Studies*, 1972, 115-156).

1ª El orden moral reposa sobre algo previo, a saber, el bien y el mal puramente ontológico o físico.

2ª El paso del orden ontológico al orden moral se logra por la intervención de la voluntad mediante la aplicación del principio de la causa de doble efecto a la materia o bien físico del acto. Antes del juicio sobre los efectos del acto no hay todavía propiamente bien o mal moral.

3ª La razón proporcionada a los efectos del acto es la que suministra el criterio esencial en el juicio moral.

Cfr. S. Pinckaers, «La question des actes intrinsèquement mauvais», *Revue Thomiste*, (LXXXII) n.II, avril-juin 1982, 181-212.

no hay más que proposiciones de hechos, sometidas al famoso principio de verificación, y proposiciones formales —propias de la lógica y de la matemática— sin contenido extramental alguno, y reducibles a tautologías o contradicciones. No cabe desde esta posición otorgar el carácter de verdaderas proposiciones a los llamados juicios éticos universales basados en la existencia de una cualidad moral intrínseca a los actos humanos.

Es desde este contexto desde el que adquiere plena luz la primera de las tesis del consecuencialismo en torno al carácter puramente físico del bien y del mal.

Los defensores de esta teoría sostienen que el objeto inmediato de nuestros actos, lo que constituye su término natural, carece de relevancia moral alguna. No niegan que en el hombre hay unas inclinaciones naturales a unos bienes congruentes con su naturaleza. Pero lo que niegan es que esos bienes sean *eo ipso* bienes *morales*. Son, por el contrario, bienes puramente físicos, y, en cuanto tales, se rigen por leyes naturales, físicas, biológicas o psicológicas. En otros términos, son *hechos* naturales. Pero no es legítimo pasar de unos hechos (*is* a unos valores morales (*ought*)).

El famoso problema del paso de *is* al *ought*, cuya ilegitimidad se mantiene tan tenazmente desde la denuncia de la falacia naturalista proclamada por G.E. Moore en sus *Principia Ethica*, recogida y reinterpretada por el positivismo lógico, vuelve a hacer acto de presencia en esta primera tesis consecuencialista.

Pero, ¿acaso no existen leyes morales que prohíben, de modo universal y absoluto, cierto tipo de actos, por cuanto se los considera intrínsecamente malos? La respuesta consecuencialista a este interrogante sintoniza de modo perfecto con el carácter *tautológico* —y, por lo mismo vacío de contenido— que el positivismo lógico otorga a las llamadas proposiciones universales y necesarias.

Se trata, en efecto, según la interpretación consecuencialista, de leyes, de proposiciones prácticas puramente tautológicas, en cuyo predicado no se nos dice nada que no esté ya dicho en el sujeto, por cuanto se ha añadido subrepticamente al mero contenido *descriptivo-fáctico* —matar, apropiarse de un bien ajeno, etc— el componente *valorativo y prescriptivo* —asesinar, robar, etc—. Pero, así resultan tautológicas: «El asesinato (matar *inmoralmente* a una persona) es inmoral»; «Robar (apropriarse *indebidamente* de un bien ajeno) es inmoral». En definitiva, todas estas proposiciones se reducen a tautologías tan descaradas como «Lo inmoral es inmoral». Pero si se las priva de este componente moral subrepticio, sigue abierta la cuestión

de si matar, apropiarse de lo ajeno, etc, es siempre inmoral. Mas la respuesta a esta cuestión ya no se puede decidir por el mero análisis de la proposición, sino que hay que acudir a la experiencia. La conclusión se impone: las llamadas proposiciones prácticas o leyes morales universales son puras tautologías y, por lo mismo, vacías de contenido moral. El objeto de estas acciones, considerado en universal, es de suyo indiferente. No existen actos de suyo intrínsecamente buenos o malos. Inicialmente sólo cabe hablar de un fondo natural, físico, un material previo moralmente neutro, que la voluntad *racional* —no la natural— habrá de moralizar de acuerdo con unos criterios suministrados, no por la recta razón natural, sino por la razón deliberante y calculadora, la única capaz de otorgar *sentido humano moral* a unos *hechos naturales moralmente neutros*.

2. RAZON PURA PRACTICA, FINALIDAD MORAL Y CONSECUENCIALISMO

La segunda tesis consecuencialista está íntimamente ligada con la anterior.

Según se dejó indicado anteriormente, esta teoría se articula, en parte, desde los supuestos de la llamada ética exclusivamente teleológica, y, por lo mismo, desde la noción de *fin* frente a la noción de *deber* o *valor absoluto moral*.

Ello no deja de ser ambiguo, por cuanto también el intrínsecismo moral se articula desde la noción de fin, o, lo que es igual, desde la noción de bien, que en esta teoría tiene razón de fin.

La referida ambigüedad se deshace desde el momento en que se advierte que la finalidad puede ser entendida en sentido objetivo o subjetivo, que se corresponden con lo que en la teoría de la moralidad intrínseca objetiva se denominan el *finis operis* y el *finis operantis* respectivamente.

La finalidad a la que en la teoría consecuencialista se otorga un papel determinante del constitutivo específico de la moralidad es la finalidad *subjetiva* o *finis operantis* y ello hasta el punto de que esta finalidad es la que constituye el *finis operis* de la acción propiamente moral, en oposición al *finis operis* de la teoría de la moralidad intrínseca, que en la teoría consecuencialista no es otra cosa que el bien puramente físico, óntico o premoral, y, en cuanto tal, moralmente neutro.

De nuevo comparece otro de los supuestos desde los que se hace inteligible el consecuencialismo.

Nos referimos al de la relación entre *finalidad natural* y *finalidad moral* entre «hecho natural» y «valor moral», entre «ser» y «deber».

Nos volvemos a encontrar con la distinción establecida en toda su radicalidad por la ética kantiana. Distinción (que es separación) entre el «universo natural» y el «universo moral», entre las leyes de la naturaleza y las leyes de la libertad, entre el bien y el mal físico (*hol* y *Übel*), y el bien y el mal moral (*Gute* y *Böse*).

En su *Crítica de la Razón Práctica* en el capítulo 2 del Libro Iº de la Primera Parte, dedicada a la *Teoría Elemental de la Razón Pura Práctica* y que lleva por título «Del concepto de un objeto de la Razón Pura Práctica», nos dice Kant que el bien y el mal (moral) significan siempre, a diferencia del bien y del mal (físico) «una relación de la voluntad, en cuanto ésta está determinada por la ley de la razón a hacer de algo su objeto, pues la voluntad no se determinada nunca inmediatamente por el objeto y su representación, sino que es una facultad de hacerse de una regla de la razón la causa motora de una acción» (*Kant's Werke*, Band V, 57).

Tras el planteamiento kantiano hay, como es de sobra conocido, un intento de situar el valor de la moralidad en el ámbito exclusivo de la voluntad racional y libre, capaz de darse a sí misma desde sí misma su propio objeto y su propia ley (moral), exenta de cualquier principio proveniente del mundo natural.

La autonomía de la voluntad, por relación a la cual se mide, en último término, la moralidad de las acciones, se logra en Kant en la medida en que contiene la «forma de la acción», en cuanto que «legalidad universal».

El consecuencialismo retiene —en la separación establecida por Kant entre la finalidad de la voluntad racional y la finalidad de la voluntad como facultad natural de deseos —el elemento kantiano de la autonomía de la voluntad racional (y de la intención, que es su primer acto) como fuente constitutiva de la moralidad de la acción. Son la razón y la voluntad las que determinan de modo exclusivo el *contenido específico moral* que se impone a ese previo material físico del objeto, término natural de la acción, si bien el consecuencialismo entenderá esta autonomía en un sentido radicalmente opuesto al kantiano.

El papel que la intención de la voluntad desempeña en la constitución de la moralidad estará ligado, en el consecuencialismo, al con-

cepto de *responsabilidad* (*Verantwortung*), que Max Weber opone con fuerza, en su famoso escrito *Politik als Beruf* (Dunker & Humblot, Berlin, 2ªed. 1958) a la ética formal kantiana y a todo absolutismo ético. No sin fundamento la teoría consecuencialista se presenta también como una ética de la responsabilidad, frente a todo formalismo e intrínsecismo éticos.

De ahí que la razón que está tras esta autonomía de la voluntad propugnada por el consecuencialismo, no es la razón pura práctica, independiente, en la constitución de su objeto, de los efectos o consecuencias de la acción, sino la *razón proporcionada*, calculadora de esas consecuencias o efectos.

Pero esta razón proporcionada consecuencialista es al igual que la razón pura práctica kantiana, una razón autónoma, constitutiva del valor moral específico de la acción humana.

3. RAZON PROPORCIONADA, UTILITARISMO Y CONSECUENCIALISMO

La tercera tesis consecuencialista —el concepto de razón proporcionada a los efectos de la acción como criterio esencial del juicio moral— está asimismo estrechamente relacionada con las dos anteriores.

El consecuencialismo, en efecto, ha pretendido realizar una transformación profunda en el concepto de bien moral intrínseco, reduciéndolo a bien puramente físico. A esta reducción sigue la necesidad de hacer de la intención de la voluntad el elemento *moralizador* de ese material previo, físico, carente de valor moral. Consiguientemente, la moralidad ya no puede determinarse por una relación del acto a su objeto, sino de la voluntad a su fin, respecto del cual el llamado objeto moral de la acción queda reducido a la condición de *medio* al servicio de los fines de la voluntad.

A esta transformación del concepto de bien moral y de la intención de la voluntad, sigue de modo lógico, una transformación en el concepto de la *razón práctica moral*. Si el bien moral no se encuentra en la relación del acto a su objeto, sino de la voluntad a su fin, el papel que en este caso corresponde a la razón es justamente el de ponderar, calcular, la proporción existente entre los diversos bienes y males (considerados como puramente físicos) y el fin querido por la voluntad.

El valor moral del acto no puede encontrarse en la relación del *objeto* con los *principios* de la acción, sino en la relación del acto con sus *efectos* o consecuencias. La recta razón deviene así razón proporcionada, utilitaria.

La razón moral es razón *constituyente* y es *plenamente libre* en su ejercicio para ordenar, utilizar, los bienes medios al fin que la propia razón le señala.

La razón humana se constituye en inmediatamente práctica y normativa. Puede llevar a cabo, sin ningún tipo de limitación que le venga dada por los objetos, su propio proyecto racional. Es este proyecto racional el que, en definitiva, da sentido humano, y, por lo mismo, moral, a todo el obrar del hombre. Y es a este proyecto al que deben servir todas las energías naturales de las que dispone el hombre. El mundo natural humano se transforma así en un universo moral realizado, mejor dicho, «construido», por el propio hombre. La razón moral es constitutivamente razón proporcionada. Por ello la teoría consecuencialista no pretende —no lo necesita— justificar mediante la apelación a las consecuencias de la acción algo de suyo injustificable. Sostiene, por el contrario, que es la proporción de los medios naturales al fin racional de la voluntad y, en cuanto tal, establecido por la razón misma, exenta de cualquier determinación, la que otorga de modo inmediato a la acción su propio carácter moral y, por consiguiente, su propia justificación. Antes de esto no hay valores morales, sino medios, cuya utilización no requiere justificación alguna.

Llegamos con ello al punto de partida de la teoría consecuencialista. La moral es entendida como una *construcción* que el hombre hace de sí mismo desde sí mismo, *utilizando* para ello *todo* su haber natural. La moral queda así transformada en una *técnica*, cuyo material y artífice es el propio hombre. Y con ello también —paradójicamente— queda abierta la pregunta moral fundamental: ¿qué principios y valores morales han de presidir esta técnica de «autoconstrucción humana», y dónde encontrar su fundamento y justificación racional, dado que en el hombre no hay de suyo nada que posea en sí mismo un valor intrínseco?.

4. A MODO DE CONCLUSION

Reconocer y respetar el carácter racional y libre del obrar específicamente humano es un imperativo ineludible de la ética.

La teoría consecuencialista de la moralidad pretende apuntar en

esa dirección, frente a cualquier tipo de naturalismo ético. Su insistencia en poner de relieve el papel de la razón y de la voluntad en la determinación de los valores morales, y su correspondiente negativa a identificarlos con realidades (en su caso, hechos) de orden físico, dan a esta pretensión apariencia de legitimidad.

Pero, en efecto, se trata sólo de una pretensión y apariencia, por cuanto los conceptos de racionalidad y de *praxis* humana, que en la teoría consecuencialista de la moralidad se mantienen, no responden a la índole *real* del obrar humano racional y libre.

La racionalidad humana —y la libertad que en ella tiene su raíz— no es una realidad exenta de determinación natural. No es, dicho de otro modo, una realidad fundante, sino fundada.

Negado el carácter natural y creado de la racionalidad humana, se desvanece la finalidad naturalmente recta —principio de rectitud moral— de su operar, previa a toda deliberación y elección, y ámbito desde el que se hace posible y alcanza sentido moral cualquier actuación racional y libre.

Desligada de su fundamento natural, la capacidad de autodeterminación de la persona humana —sujeto individual de naturaleza racional— se transforma en una libertad abstracta, formal, vacía de valores y fines en sí mismos rectos, sin otra posibilidad que la del ejercicio, en este caso, circular, de la pura libertad, privada, por lo mismo, de toda responsabilidad. El valor moral de la *praxis* humana queda ya en este momento diluído, sin otra posibilidad que la de aparecer posteriormente transformado en valor utilitario, medial. La recta razón natural se transforma, consiguientemente en razón calculadora, de medios, desprovista de criterio intrínseco de rectitud.

A esta desconexión —de carácter metafísico— producida en el seno de la interpretación consecuencialista de la racionalidad y de la libertad (a las que se pretende autoconstituyentes de los objetos de su propia actividad) se añade un *dualismo* —de signo antropológico— profesado por el consecuencialismo en su interpretación del ser y el obrar humanos.

Esta teoría considera, en efecto, que el cuerpo humano es un *instrumento* del que el hombre, entendido como ser exclusivamente racional, se sirve para sus fines y proyectos, y cuyas leyes y procesos puede, por lo mismo, manipular libremente.

Pero esta visión dualista (muy acorde, por cierto, con determinada línea del pensamiento moderno de inspiración cartesiana) no responde a la estructura real, psicosomática, del ser y el obrar humanos.

El cuerpo no es algo que el hombre simplemente *tiene*, sino algo que el hombre *es*, un *constitutivo inadecuado* de la persona humana (y que, por lo mismo, participa de su dignidad moral intrínseca), y no un *puro instrumento natural* al servicio de unos fines *humanos*. Este es el verdadero fundamento próximo de la inmoralidad que reviste cualquier manipulación de los procesos y leyes que rigen la actividad del hombre en todas sus dimensiones.

Frente a las pretensiones de fundar una ética sobre una razón exenta de toda determinación natural, la dignidad moral intrínseca de la persona humana exige atender cuidadosamente los elementos y relaciones reales que la integran y definen.

